

objeto de permanecer, en cuanto sea posible, alejado de todo soplo impuro, el Malayali, es decir, el habitante del Malabar, tiene el cuidado de acostarse en la parte absolutamente central de la casa, la cual está asimismo situada en medio del jardín, á igual distancia de las multitudes que transitan al otro lado de la pared de tierra. Pero si las ciudades son raras en las comarcas donde el régimen de la casta se observa en todo su rigor, puede decirse que, por contraste, una villa continua se extiende á lo largo de los caminos, lo que admiraba al gran viajero árabe Ibn-Batuta y lo que admira igualmente en nuestros días á los visitantes europeos de las costas del Malabar ó de Ceylan: «Sobre toda esa longitud del País de la Pimienta, que es de dos meses enteros de camino, no hay un solo sitio inculto, porque cada uno tiene su jardín y una casa en medio de ese jardín, con una barrera de madera que separa del camino la casa de cada habitante». El cuidado de la pureza familiar perfecta va tan lejos, que cada vivienda tiene un nombre diferente según la casta del que en ella reside: el brahmán de noble raza y el brahmán inferior, el poderoso kchatrya y el de menor importancia, el servidor del templo, los artesanos, el paria y el hijo de esclavo constituyen grupos á los que corresponden exactamente jerarquías de castas diversamente designadas.

Además esas castas rígidas, que se creen inmutables y que deberían serlo siguiendo los códigos que dictaron los antiguos dominadores, no cesan de modificarse forzadas por los cambios económicos. En las provincias del Norte principalmente, donde el movimiento histórico se precipita más vivamente que en el Mediodía de la península, una constante evolución exalta ciertas familias y rebaja otras.

Hay brahmanes de alta aristocracia, como los del Avuah, que se sienten seres tan superiores que no consentirían jamás relacionarse con otros «dos veces nacidos», por ejemplo, con los Namburs de la costa de Malayalam; pero un simple accidente puede despojarles del carácter sagrado del brahmán: que la lepra le toque, y decae en seguida; que contraiga una alianza inferior, y todos se separarán de él con repugnancia. Hay casos remediabiles de pérdida de la nobleza de casta y que permiten remontar los grados de donde se cayó; mas para recobrar su rango, ¡cuántas oraciones se han de recitar,

cuántas vergüenzas y mortificaciones se han de sufrir! La expiación material, que consiste en no beber más que orines y no tomar más alimento sólido que el recogido en la boñiga de vaca, es un símbolo de las expiaciones morales á que el decaído ha de someterse. Sucede en algunas circunstancias excepcionales, que la pobreza no extingue la radiación de gloria que rodea la cabeza de los brahmanes, gracias á su reputación de santidad, á la virtud de sus maceraciones; pero, cuando se prolonga, la miseria es siempre causa de decadencia, habiéndose visto tribus de brahmanes que han llegado hasta vender sus hijas, y, por el contrario, el dinero ha procurado muchas veces la alta nobleza que no había dado el nacimiento. «La casta está en la caja de caudales» es un dicho favorito de los banqueros de Murchidabad; asimismo, repitiendo una leyenda tan fácil de comprender como la de la lluvia de oro que fecundó á Danae, los radjah de Travancore se dicen haberse convertido en brahmanes pasando por el vientre de oro de una vaca mágica. Los Haitianos, entre los cuales los negros y mulatos constituyen dos castas enemigas, expresan la misma idea en un cándido proverbio: «*Neg riche li milate; milate pauv, li neg*», es decir, «Al negro rico le llaman hombre de color, al mulato pobre se le llama vil negro».

En el mundo infinito de las castas, entre los «dioses sobre la Tierra» y los inmundos Tchandalas, se depositan muchas estratificaciones de una manera incierta y flotante, por decirlo así, á consecuencia del vaivén constante de la evolución económica. Hay castas que perecen como resultado de un cambio político de una revolución comercial; otras surgen, suscitadas por un nuevo medio: tal la casta de los palafreneros ó *cavaleres*, que nació después de la llegada de los Portugueses á Ceylán. El régimen británico, acompañado de nuevas industrias que suplantaban profesiones antiguas, tuvo por consecuencia en muchos puntos toda una nueva jerarquía de clases. Las castas de vagabundos existen todavía, lo mismo que las de ladrones; pero las de los asesinos, como lo eran antes los Thugs, parecen haber sido exterminadas, á menos que no subsistan algunos restos y ceremonias simbólicas representantes de actos sanguinarios. Entre las tribus más curiosas, existía una sobre la costa de Malabar, que el viajero Pyrard describe con cándida admiración

á causa de las dos fases alternantes de su vida y de su moral: allí se entregan las gentes, según el cambio de los monzones, unas veces á la industria de los naufragios, otras á los trabajos del campo, mostrándose, conforme á las exigencias de su medio, crueles piratas ó dulces y honrados agricultores. Entre los descendientes de aquellos depredadores suelen los Ingleses reclutar sus agentes de policía: el influjo de la herencia debe hallarse en el nuevo oficio.



NASSICK, SOBRE EL GODAVERI
Á 150 kilómetros al Este de Bombay.

En el sud de la India, donde el régimen de las castas tiene tanta potencia, prevalece otra división social, desconocida en las comarcas del Norte. Los habitantes clasificados pertenecen todos á la «Derecha» ó á la «Izquierda», según las prescripciones religiosas relativas á las abluciones: unos deben lavarse el cuerpo empleando sólo la mano derecha y los otros sirviéndose únicamente de la mano izquierda. Los Hindus se han ingeniado para observar, en el género de vida ó en los hábitos de trabajo, diferencias insignificantes, pero suficientes, no obstante, á sus ojos para justificar la creación de castas absolu-

tamente distintas. Así, por ejemplo, en una parte de la India está prohibido el matrimonio entre los pescadores que sacan las redes de derecha á izquierda y los que trabajan en sentido inverso. El modo de fabricación de la manteca de leche crea castas correspondientes. En Cattak, capital de Orissa, el alfarero que está en pie



LAMA DEL SIKKIM

Cl. del *Globus*.

para tornear grandes cántaros no se dignaría tocar al artista que se sienta para modelar vasos pequeños¹. Por una rareza singular de las cosas, una tribu, la de los Tchakkilis, forma parte por sus hombres y sus mujeres de los dos grupos opuestos, y cuando las castas de la Derecha y las de la Izquierda están en conflicto, es necesario proceder á un divorcio general en la tribu: todas las mujeres y todas las muchachas se van á la vez, y luego, cuando llega la reconciliación de las castas, un matrimonio colectivo reconstituye la gran familia. No hay combinación social, por absurda que parezca, que no se realice ó no se haya realizado en algún rincón del mundo.

De hecho, la naturaleza del hombre es de tal plasticidad, que acaba por acomodarse á las situaciones más atroces, por adaptarse á las enfermedades, á los tormentos, á las humillaciones. Las castas, por humildes que fuesen, habían aprendido á considerarse como

¹ Richard Garbe, *Indisches Leben*; citado por R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. Meulenaere, p. 84.

cuerpos privilegiados, y defendían la pureza de su sangre con la misma religión que los brahmanes. Los que eran desechados de todos no tenían más que un asilo, el de su propia casta, que les era infinitamente dulce y querida¹. Además, preciso es decirlo, en la jerarquía de las castas hindus, todo hombre tiene su estatuto, y, por vil que sea, conserva sus derechos á la tierra, á la fortuna, á la vida, á la familia²; no pueden decir otro tanto los vagabundos ni los mendigos de nuestras sociedades. Por desgraciada y despreciada que sea una casta, es todavía muy favorecida en comparación de las gentes sin casta ni clase, de todos aquellos á quienes se considera como si no tuvieran existencia humana: en la época de la conquista aria, tal era la condición de los Tchandalas, á quienes se tenía como una especie de basurero. Así están actualmente los Paliyar de la India meridional, cuyo nombre suele confundirse con el de los Pariah, que constituyen una casta bien establecida, que hasta goza de algunos privilegios, especialmente en la «Ciudad Negra» de Madras, durante las fiestas de la «Buena Madre», divinidad comparable á la Demeter de los Helenos y á la «Buena Madre» de los Marsellese³. En otro tiempo las gentes de casta tenían derecho de vida y muerte sobre los Paliyar: todo en ellos era infame, su cuerpo, su aspecto, su aliento, su sombra, la tierra que habían tocado. Les está prohi-

Cl. del *Globus*.

REINA DE SIKKIM, DE RAZA TIBETANA

¹ H. H. Wilson, *Essays and Lectures, chiefly on the religion of the Hindus*; — Ernest Nys, *L'Inde aryenne*, p. 13.

² Henri Deloncle, *Revue Universitaire*, Bruselas, Enero - Febrero, 1898, p. 16.

³ Caldwell, *Dravidian Languages*; — Julien Vinson, *Les Castes du Sud de l'Inde*, «Revue Orientale», 2.^a serie, n.º 4.

bido construir poblaciones. Cuando obtienen una limosna, después de haberla implorado á distancia, van á revolcarse en el polvo ó en el fango. Hablando de sí mismos y de sus cosas delante de un hombre de casta, deben aplicarse los calificativos más despreciables ¹.

Nada más extraño que la «regla de la etiqueta» fijado por el «Código de los Gentoux», en la costa del Malabar. Dada la presencia de un brahmán, á pie ó montado sobre un elefante como es conveniente, es necesario que el Nair, es decir, el militar, el oficial indígena, permanezca á dos pasos al menos delante del amo, después ha de quedar un intervalo vacío de treinta y cinco pasos hasta el Tayer — el humilde agricultor — y, por último, á la distancia de cien pasos puede recogerse el despreciado Paliyar. Todas esas impertinencias explican el movimiento que inclina á tan gran número de Hindus de las castas inferiores á convertirse al mahometismo. En el Malabar, la casta de los Cheruman, compuesta de hijos de esclavos, disminuye muy rápidamente, mientras que los fieles aumentan en gran número en la religión mahometana. La causa de esas conversiones es evidente: el Cheruman que se adhiere al Islam gana en seguida en consideración: nadie le insulta ya; cuenta con amigos y defensores ². Sin embargo, su mahometismo no se parece al del Arabe: yendo el uno delante del otro, el hinduismo y el culto del Dios único se modifican mutuamente. La India, esencialmente politeísta, ha acabado por abrir su panteón al Islam, la más monoteísta de las creencias. Para los mulsumanes hindus, Mahoma y todos los profetas y santones famosos de sus antiguas religiones son otros tantos dioses. El sistema de las castas ha prevalecido á pesar de las enseñanzas igualitarias del Corán, y en ciertas partes del Dekkan ha llegado á ser casi imposible distinguir el mahometismo del brahmanismo ³.

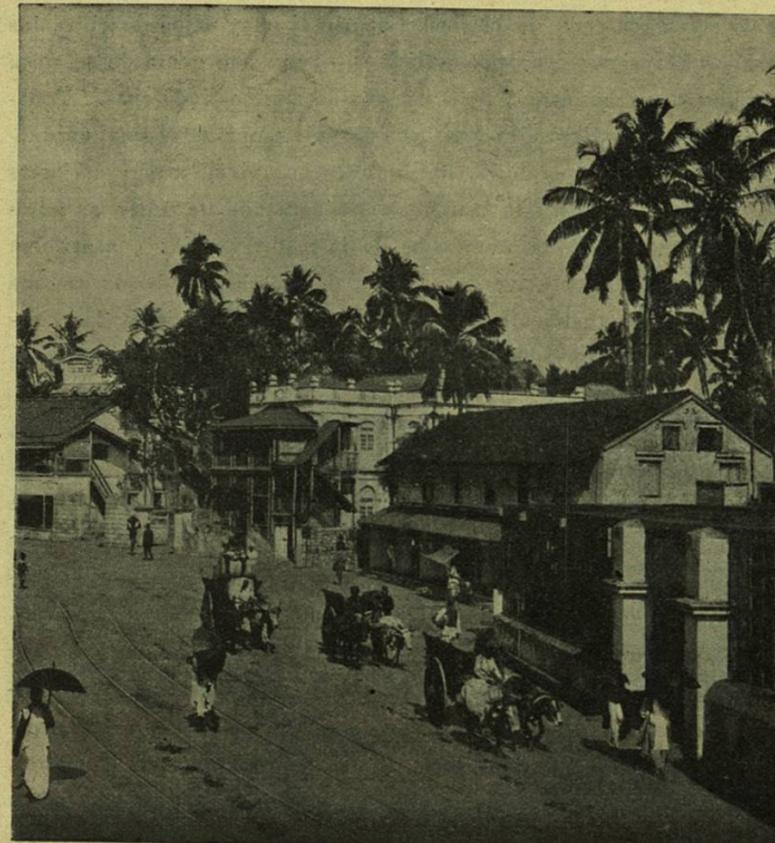
Y no es este un fenómeno particular á la fe musulmana. Las religiones y las sectas se han sucedido al infinito en la India, pero la casta, aunque transformándose constantemente, ha subsistido siempre. Aquellos mismos que la combaten han acabado por confor-

¹ William Logan, *Malabar*, vol. I, ps. 82 y siguientes.

² *Ibid.*, vol. I, p. 148.

³ Léopold de Saussure, *Psychologie de la Colonisation française*, ps. 58-59.

marse con ellas, adaptando y viciando su doctrina. Los budhistas han transformado las castas en sociedades; los Sikhs y los Thugs las habían reconstituido en sociedades secretas; el mismo cristianismo las adoptó fácilmente, y los jesuitas establecidos en la misión de



UNA CALLE DE BOMBAY

Cl. J. Kuhn, París.

Madura, hacia la extremidad meridional de la península Gangética, supieron aprovechar admirablemente el régimen de las castas para elevarse por la penitencia hasta la dignidad de «brahmanes romanos» ¹, hasta el punto de ignorar con soberbia la existencia de sus

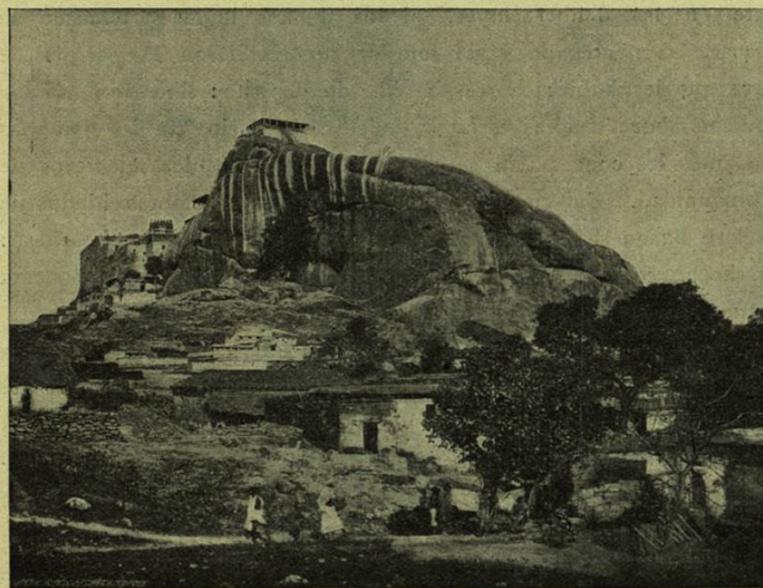
¹ Mount-Stuart; — Henri Deloncle, *Revue Universitaire*, Bruselas, Marzo-Abril, 1898, páginas 116-119.

colegas religiosos de hábito diferente. Judíos y Parsis han hecho lo mismo, y en cuanto á los gobiernos políticos, respetan tanto mejor el sistema de las castas, cuanto que tratan de encajar en él sus propias castas jerárquicas de altos y bajos funcionarios. Hasta las mismas familias se dividen en castas, porque los Ingleses han tenido gran cuidado de clasificar aparte, y muy lejos de ellos, los llamados Eurasios — Europeos asiáticos —, que son gente de su raza, sus hijos y sus hermanos, pero nacidos de mujeres indígenas. Todavía, al principio del siglo XIX, cuando el vapor no había aproximado las Indias á Inglaterra, los Ingleses que vivían como patriarcas con mujeres hindus no lo ocultaban, no habiendo de sufrir las miradas escrutadoras de los moralistas de la madre patria: conservaban consigo sus hijos, no avergonzándose de amarles ni de darles una carrera; pero actualmente ha triunfado la virtud oficial y las consecuencias han sido fatales para los Eurasios, á quienes se relega á los empleos inferiores y la vida baja de la sociedad hindu.

Las condiciones económicas creadas por la industria moderna concuerdan perfectamente con el régimen de las castas, transformándole de diversos modos. La casta, cuyas necesidades se regulan de antemano, se constituye con facilidad en sociedad de consumo bajo forma europea, puesto que ya lo era por su funcionamiento natural. Muchas castas se formaban como siendo sociedades de producción, facilitando la conservación de los secretos industriales por medio de un lazo muy estrecho de comunidad entre todos los colaboradores. Las castas comerciales fueron en todo tiempo las principales intermediarias del tráfico hindu: los Banyans del Gudjerat, que monopolizan y dirigen actualmente todavía casi todo el comercio de Africa y de Arabia con Bombay y la costa del Malabar, representan un conjunto de castas vaisya de más de cinco millones de Bengaleses y durante este siglo se ha visto nacer una poderosísima sociedad comercial compuesta únicamente de *Nattecotechetti* tamoul de la India meridional, que, gracias á su solidaridad, cubren ahora con sus bancos y contadores la península malaya y el archipiélago indonesio¹.

¹ Henri Deloncle, *memoria citada*, p. 122.

Evidentemente la India, siempre flexible en sus formas exteriores, aunque conservadora y tenaz en sus ideas fundamentales, sabrá también adaptarse al movimiento socialista que le llega de Europa, y esta adaptación será facilísima si, bajo la influencia de recuerdos atávicos, se considera por los participantes como una verdadera restauración. Los Ingleses han desorganizado las comunidades antiguas en beneficio de toda clase de parásitos, príncipes, mercaderes y



ROCA DE TRITCHINOPOLY, INDIA MERIDIONAL

Cl. J. Kuhn, Paris.

recaudadores de impuestos. Cada villa formaba en otro tiempo un conjunto bien rimado, donde cada uno tenía asegurada la posesión del suelo y las facilidades de trabajo y de un funcionamiento regular de la existencia comunitaria. En todas las villas arias estaban asegurados los servicios públicos por la elección de doce hombres que trabajaban gratuitamente por los habitantes á cambio de su manutención. De ese modo cada villa tenía su carpintero, su zapatero, su herrero, su planchador y su barbero. Así también, en país dravidio, las antiguas agrupaciones se habían conservado hasta una época reciente y bajo formas arcaicas muy curiosas, que la brutal